

## DEFENSA DE LA LECTURA

# La voz de la lectura

por Emilio Lledó

*El lenguaje es lo que permite al hombre acceder e interiorizar el mundo de la cultura y de la naturaleza. Por otra parte, el lenguaje literario nos permite construir, un discurso «superador del latido efímero de la vida», en palabras de*

*Lledó. Acerca del papel que desempeña la lengua en la comunicación y, sobre todo, como elemento esencial en la constitución del individuo como ser humano trata el siguiente artículo.*



La cultura no es un hecho, no son museos o bibliotecas, sino que es una energía, son actos de lectores, actos de contempladores, ojos que sepan mirar, ojos que sepan leer, ojos que sepan asimilar, ojos que sepan dialogar con ese mundo exterior que se nos acerca o al que nos acercamos. El descubrimiento de la subjetividad ha sido uno de los logros de la filosofía moderna. Trazamos la frontera de la Modernidad en Kant, por ejemplo, y desde él nos hemos acostumbrado a distinguir dos formas de sujeto: el psicológico y el trascendental. El término *trascendental* desde la perspectiva kantiana quiere decir, de forma muy esquemática, que hay una parte esencial de nuestras representaciones que no tiene origen empírico, pero que, de algún modo, tiene que ver con la experiencia y, en cierto sentido, se nutre, paradójicamente, de ella. Dice Kant en la *Crítica de la razón pura*: «Llamo trascendental a todo conocimiento que se ocupa, no tanto de objetos cuanto del modo de conocerlos». Ahora bien, ¿dónde está ese modo?, ¿quién pone ese modo?, ¿quién modifica?, ¿quién «manerifica»? Este modo de conocer expresa la esencia de nuestra personal relación con el mundo, este modo es lo que nos construye como individuos y nos hace sujetos.

Sin embargo, este proceso de recepción en nuestra intimidad, o —por emplear un término quizá más claro— en nuestra vida, de toda la serie de estímulos que nos llegan de fuera (incluyendo entre ellos y de una manera especial el lenguaje y, en grado supremo, el lenguaje de la escritura) es algo extremadamente delicado. Y no tanto porque lo que se recibe adquiere la forma del recipiente, sino sobre todo porque esa forma no es una estructura estática, no es un recipiente estático, no es un ánfora, siempre idéntica a sí misma, sino que es un recipiente móvil y que no está en la mente de la misma manera que están en nuestro rostro los ojos. Los ojos

humanos son, en cierto sentido, idénticos para todos los individuos, que, además, no pueden hacer nada para modificar su constitución, para alterar sus cualidades y posibilidades (tal vez la única función que podamos hacer con nuestros ojos sea abrirlos o cerrarlos). Pero esos «ojos del alma» (como dice Platón en la *República*), formados paso a paso desde el horizonte del lenguaje en el que hemos nacido, no sólo nos abren al mundo de la cultura y de la naturaleza, sino que están ahí para que los modifiquemos, para que los alteremos, incluso para que los deformemos y, a través de ese modo de recibir e interpretar nuestras palabras, para que incluso nos engañemos por medio de ellas.

Por tanto, este hablar interior, este lenguaje interior, esta estructura dinámica, esta marcha interior de nuestras ideas, procede en su mayor parte del fondo común de la lengua en la que hemos nacido y del lento desarrollo y solidificación de ese hablar en el centro de nuestra personalidad.

## Construcción de la literatura

La palabra *persona* tiene su origen en el tér-

mino latino *persona*, esto es, la máscara que solían llevar los actores romanos. Conforme a la etimología latina, la máscara no lo era tanto porque en sus rasgos se hubiera coagulado una particular expresión de temor, de burla, de alegría; los actores trabajaban siempre con ese estereotipo, con ese mascarón de proa inalterable, aunque la voz (a través de esa inmóvil y abierta oquedad de la máscara y que los labios tal vez crispaban) sonaba, resonaba, «personaba», se constituía como individuo.

Esa voz que en la cultura griega hablaba el discurso del poeta trágico o cómico, a pesar del estereotipo inerte de la máscara, de los versos o la prosa que fue, representación tras representación transmitiendo, era símbolo de algo vivo, continuamente recreado en el aire semántico que a través de esa boca sonaba. Era una voz, pues,



que usaba el lenguaje desde el particularísimo proyecto de una obra literaria que construía otro discurso distinto del trivial discurso de la vida, de sus necesidades, de sus inmediatas y efímeras urgencias, un discurso hecho de arte, o sea, superador del latido efímero del tiempo de la vida, y que es algo singular y donde el animal que habla deja ver, o dejaba ver, esa sorprendente facultad para decir otra cosa, para ser verdadera y originalmente él mismo, para «personarse» como lenguaje, para ser lenguaje de esa mismidad. El lenguaje no sólo era hacer que las palabras se refirieran a las cosas, no sólo se agotaba en su es-

tructura referencial, sino que era al mismo tiempo expresión de esa mismidad.

Sin duda, recuerdan ustedes el famoso texto de la *Ilíada* del canto IX, cuando Aquiles dice:

«Mi madre, Tetis, la diosa de pies de plata, dice que el Hado ha dispuesto que mi vida acabe de una de estas dos maneras: si me quedo a combatir alrededor de Troya, no volveré a la patria, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderá la ínclita fama, pero será larga mi vida, pues la muerte no me sorprenderá tan deprisa. No volveré a la patria, pero mi gloria será inmortal.»

Se trata de la fama, esto es, de sacrificar el efímero tiempo de la vida, de los latidos, por el tiempo, eterno hasta cierto punto, *athanaton*, inmortal —como diría Platón—, de la literatura. La fama era también el «ser dicho», el «ser hablado». Y era común todavía cuando no se había comenzado a escribir, cuando la letra aún estaba balbuciendo en torno al siglo VII a. de C. Cuando los griegos aún no escribían y sólo los poemas homéricos se cantaban, Aquiles intuía claramente en estos magníficos hexámetros la diferencia entre la vida efímera del cuerpo y la efímera de la fama, del decir, e intuía y casi pronosticaba la literatura.

El instrumento que podía llevar a cabo este proceso de recreación de las palabras, la construcción de la literatura, para que efectivamente se descubriese en ellas todas las posibles resonancias que la semántica de las palabras encierra, para que no pudiesen ser utilizadas nunca por el férreo discurso del poder o de la sociedad trivializada y estupidizada por el manejo de términos vacíos, fue —como saben— la *paideia*, la educación, la formación. Se trataba, sobre todo, de hacer una continua crítica al lenguaje para que en el diálogo ese *logos* que fluía de boca en boca fuese contaminándose de las dudas, a través de esa

## I. Laberinto de los libros

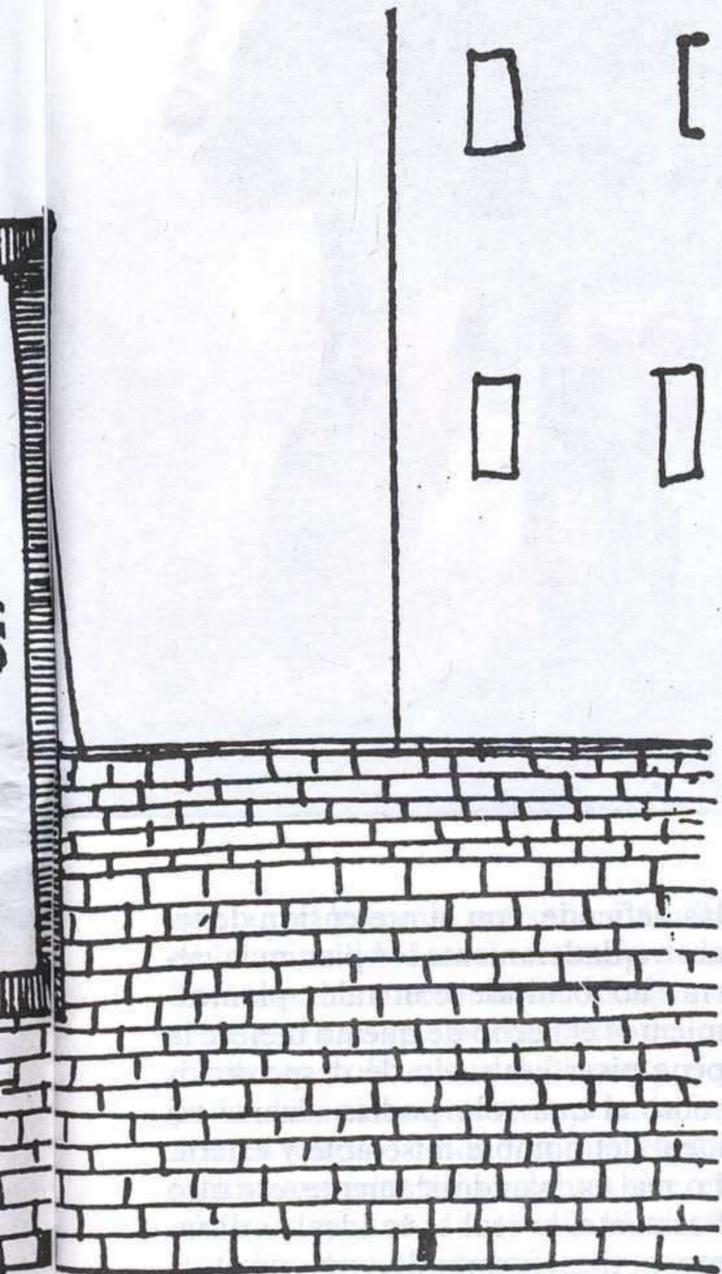
«I was thinking which is the best way out of this wood: it's getting so dark.»

Lewis Carroll.

### *Monstruos de la naturaleza*

Al principio fueron los monstruos. Cuando la Naturaleza se ensaya y ejercita en sus caprichos creadores, empieza por Dinosaurios; sus hijos primeros alcanzan tamaños fabulosos, dimensiones que amedrentan. La Naturaleza no tiene medida, y desmandadamente se lanza a una orgía de tentativas disparatadas, que acaban de mala manera. El Tetrabelodón, elefante de cuatro colmillos, lo cual, al parecer, le da ventaja notoria sobre el desgraciado y menesteroso elefante de dos, es un callejón biológico sin salida. Tanto le pesa la dentadura, que, para aguantarla, el pescuezo se le mengua y se le mengua, hasta que ya no puede alcanzar con la testa al suelo, y muere de grandeza. Mejor dicho, de exceso, de cantidad. Oportuno símbolo de imperios y soberbias. Así se extinguen otros graciosos animales de ese entonces. La Naturaleza se impone sus propios castigos, y el Megalosauo y compañía sucumben, enfermos de tamaño, por desmesura, de puros monstruos que eran.

Cuando más adelante el hombre, sin duda más proporcionado, y por las señas —que se llaman Historia— con algunas mejores condiciones de sobrevivir que el Megaterio, se pone él a crear, también se le va la mano. Las primeras civilizaciones inventan Estados enormes, erigen fábricas poderosas, como la torre de Babilonia; se



DESC, UNA HISTÒRIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

*paideia*, de esa educación, de esa estructura crítica de la mente, de las dudas, de las perspectivas, de la riqueza que cada conciencia individual le prestaba. En este ejercicio dialéctico consistió la auténtica forma de iniciar, mucho antes que Wittgenstein, el espectáculo en que los usos del lenguaje no engarzaban sólo los eslabones formales en los que pueden conjugarse las palabras, ni siquiera se agotaba en el mero juego de su pragmática, de su proyección al mundo y en las situaciones concretas hacia las que las proposiciones se dirigen, o de las que las proposiciones emergen. Había otra forma pragmática más sutil, aquella que se había ido desarrollando en la vida de un individuo libre, que había descubierto en la lengua un instrumento de comunicación, pero sobre todo un elemento esencial de su constitución como ser humano, como persona: somos lo que somos porque hablamos, porque decimos lo que decimos.

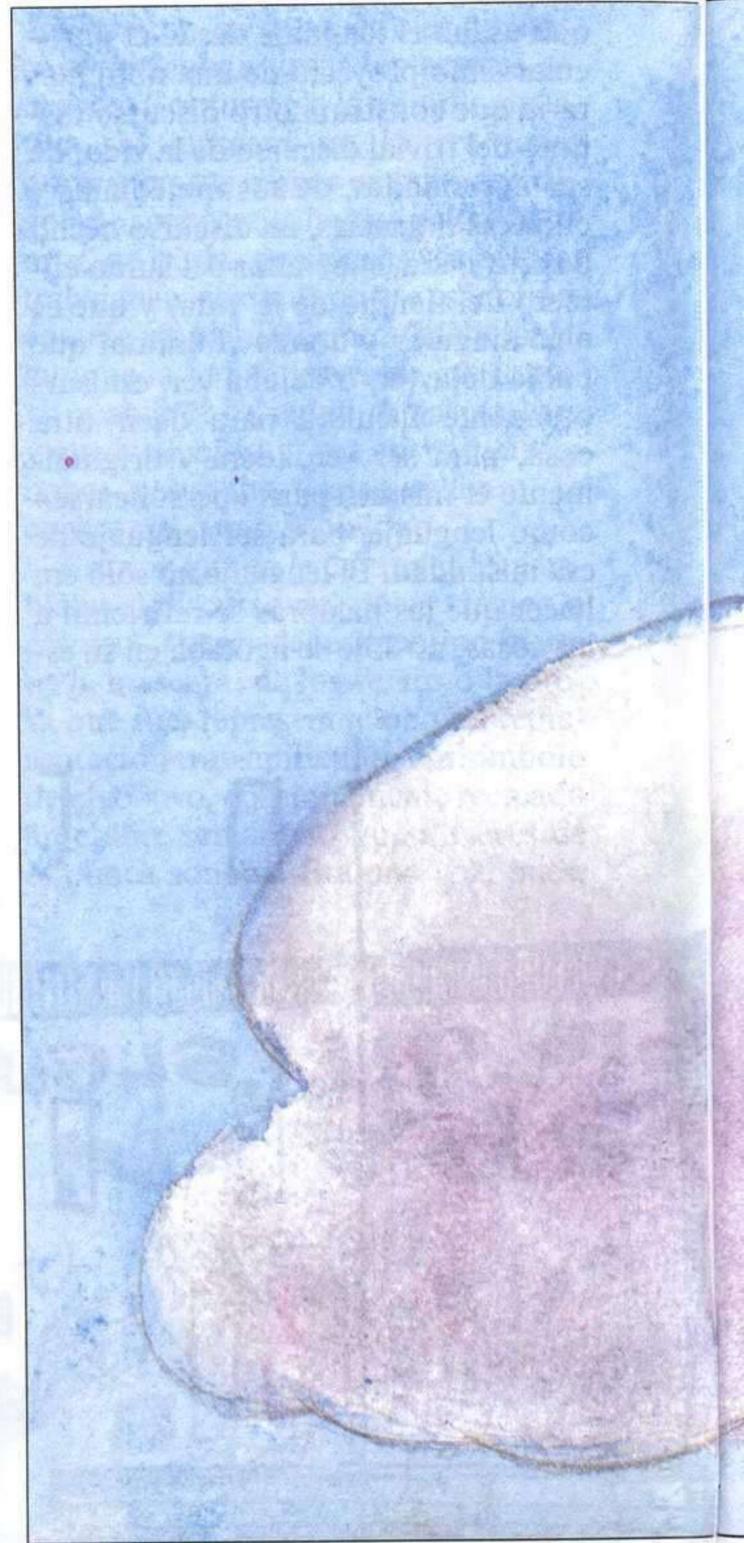
## La voz de la letra

No es posible planteamiento educativo alguno, si no se cree firmemente en una renovación del ideal ilustrado, en los principios de la Ilustración. Este planteamiento implica hacer refluir en una buena parte de los elementos que constituyen la ideología de nuestro tiempo tres viejas ideas directrices que, a pesar de haber sufrido el desgaste de una malversación de fondos ideales del humanismo, siguen hoy tan vivas como siempre o como nunca. Estas ideas son la razón, la verdad y la solidaridad, que, naturalmente, tienen que desenvolverse, renovarse, repensarse, reflexionarse y especularse en el horizonte de los problemas contemporáneos. Es cierto que estos problemas, en el fondo, son los mismos de siempre: la defensa de la vida, la defensa del espacio real o ideal, donde han de desplegarse la vida, la armonía, la paz, la liber-

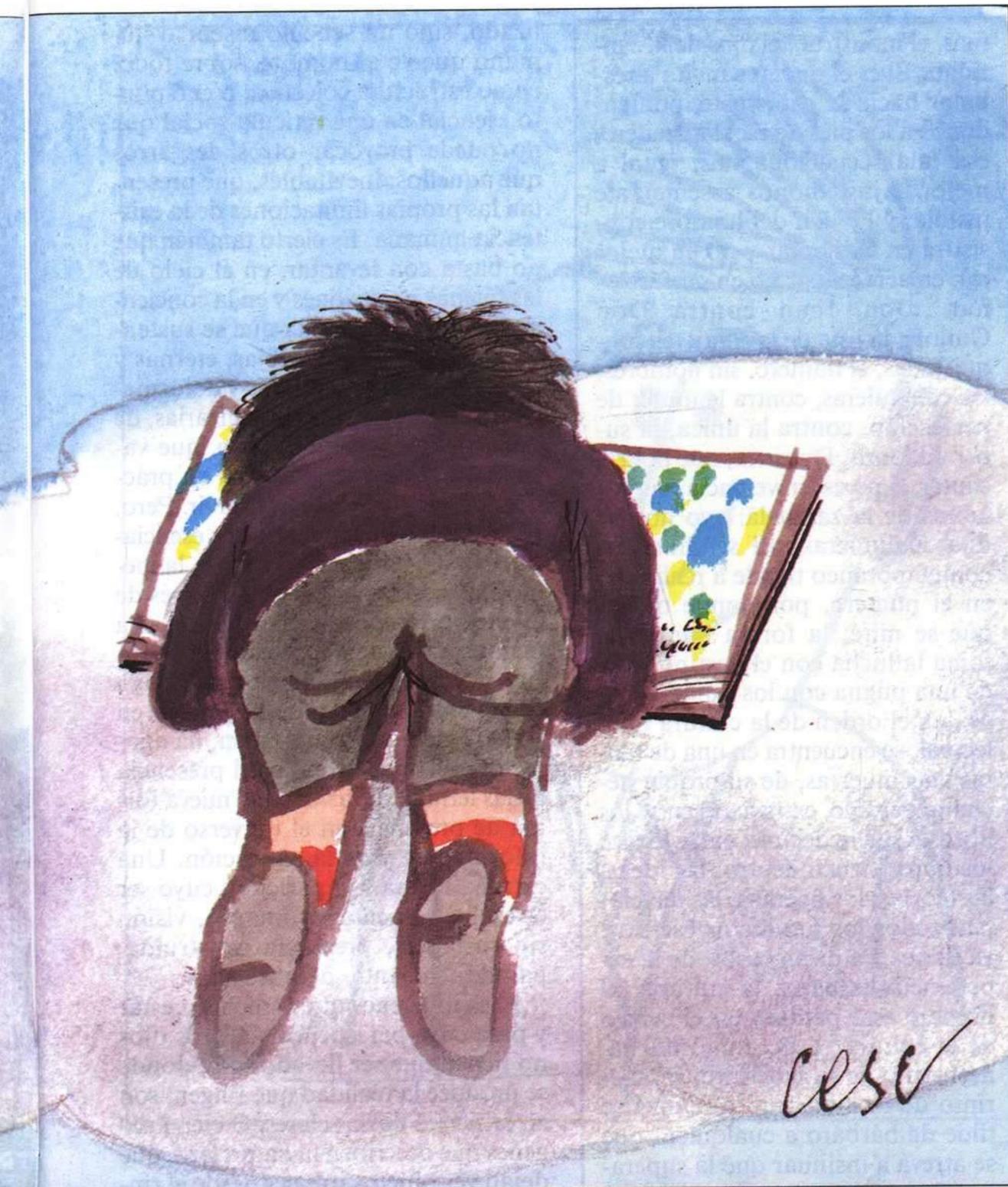
tad, la justicia, el bien, la belleza, el progreso, la «posibilidad». Sin embargo, todo esto no son más que huecas palabras, si no se vuelve continuamente sobre ellas, si no se reflexionan, si no se descubre lo que tienen de estimulador y creador y, al mismo tiempo, no se desenmascaran sus sucedáneos o los espectros que tantas veces ocupan su lugar.

El hecho de que estas ideas directrices (esas utopías, esos idealismos) aparezcan en el lenguaje humano quiere decir, sencillamente, que los hombres las han inventado, que los hombres las han necesitado, que han tenido necesidad de ellas. Esas supuestas palabras abstractas, esa voz de la letra, son tan reales como el sol, como los árboles, como el mar, como los ríos y como la tierra. Están en la lengua con la misma consistencia con que las cosas están sobre la tierra. Tal vez lo más maravilloso de esas palabras sea el descubrir la capacidad creativa del hombre, la construcción de la literatura como arte, como territorio que, surgido de la mente y la sensibilidad, inventa también ese espacio teórico donde realizarse. Esas palabras jamás habrían surgido, jamás se habría descubierto el territorio que señalan, no existirían en el lenguaje humano y sólo existirían las palabras que señalan el mundo concreto, si la especie humana no las hubiese considerado tan necesarias y vitales como el aire, la luz o el agua. Una terrible clausura de nuestro horizonte de posibilidad es suponer que esos términos únicamente funcionan en el campo de la utopía, en el ámbito de los sueños, o de los irrealizables deseos, y que en nuestro tiempo han sido sustituidos, al fin, por esas otras palabras que parece ser han movido de verdad la historia: el poder, el egoísmo, la violencia, la aniquilación.

Lo peor de estas perspectivas, digamos, pesimistas del hombre y su destino es que a veces se sostienen bajo supuestos argumentos realistas o pragmáticos, como si la ideología que



las defiende, con la pretensión de tener verdaderamente los pies en la tierra, no ocultase con tales planteamientos el hecho de que no merece la pena pisar ese suelo de desperdicios sobre el que sólo podría alzarse un ideal del hombre miserable y estéril. Lo real es, paradójicamente, ese otro horizonte, lo real es lo ideal —diríamos, transformando un poco a Hegel— lo real es ese otro horizonte



1992.

que con el lenguaje nos sitúa más allá de la animalidad en el territorio de lo humano. La fuerza de ese idealismo se muestra en que buena parte de los discursos políticos, del discurso del poder, ha enmascarado otras intenciones (en muchos casos dominio, explotación, avaricia) bajo palabras que, en este caso profanadas (como libertad, justicia o derechos humanos), no eran en el fondo más que eso que suele de-

cirse la pleitesía que el vicio rinde a la virtud.

Pero, como decía, esa terminología de las grandes creadoras palabras de la historia tiene que repensarse sin cesar. Los ideales de la Ilustración no expresan sólo el testimonio de una determinada época histórica en la que fueron más o menos contradictoriamente proclamados, sino que están mezclados con los momentos más

fructíferos de lo que suele llamarse el pensamiento occidental. La necesidad de repensar y recrear esa terminología tiene en nuestro tiempo inevitables urgencias. Nunca ha habido tantas posibilidades de comunicación como hoy, nunca las palabras, el lenguaje, y no digamos las imágenes, han tenido tantos medios para circular por ellos; pero por eso mismo, y paradójicamente, nunca nos ha amenazado tanto el silencio o, en el peor de los casos, la manipulación o, en el «peorísimo» de los casos, la mentira. ¿Cómo no reflexionar sobre la verdad o la solidaridad, en un horizonte en el que la naturaleza no sólo convive con la cultura en su manifestación técnica, sino que empieza a ser suplantada, tergiversada, deformada por ella? ¿Cómo no descubrir entre los asombrosos avances tecnológicos, indudables, de nuestros días que a pesar de ellos, y tal vez contra ellos, asoman la oscuridad y los pequeños monstruos de la caverna?

La creación de un lenguaje interior del que emerge la literatura, la consolidación de una estructura mental, el cultivo del pensamiento abstracto que es esencialmente lenguaje, la lucha por recrear continuamente en torno a los principios de verdad, justicia, libertad, belleza, generosidad, todo eso marca el camino del progreso y de convivencia. Y esto es, a su vez, cultivo y cultura de las palabras, revisión del inmenso legado escrito, que no es otra cosa que pensar con lo pensado, desear con lo deseado, amar con lo amado; en definitiva, soñar los sueños de las palabras, que duermen en el legado de la tradición escrita, de la tradición real, y que al soñarlas las despertamos y, al tiempo que las despertamos, nos despertamos nosotros con ellas.

### Imágenes que hablan

Y esto, creo, no es la repetición de un discurso ético desgastado y trivia-

afanan tras lo magno; pirámides y esfinges se empeñan por perdurar sobre las arenas hasta hoy día, como lecciones de exorbitancia. A los leones asirios responden los colosos egipcianos, modelos del rodense. Pero los griegos son los grandes maestros de la medida. Ellos descubren, antes que nadie, que la grandeza puede muy bien no consistir en el tamaño, y que la belleza de la forma casi nunca se encuentra en la disformidad. La preocupación de la escultura griega por los cánones es una de las más hermosas páginas de la historia del hombre. Preciosa es entre todas la noción de la medida, certero camino hacia la verdad. Las ciencias progresan al compás del arte de medir; de medir cada vez mejor y con más precisión. Diríase que los humanos tienen ya superada la etapa de lo monstruoso, y que el hombre se ha decidido a ser como uno de ellos, eminente, dijo: «medida de todo lo humano».

Y sin embargo, ese arte de la medida, que se va defendiendo, tan maravillosamente en el gótico, y en el mismo vértice del barroco, hasta el siglo XIX, ha llegado hoy día, en este preciso momento, al borde de su mayor riesgo. Porque el hombre del siglo XX se ha enamorado de los monstruos, y adora el tamaño, sobre todas las cosas. De emblema le serviría el Coloso, con leyenda no en griego, sino en inglés de América: «*The bigger the better*». Cuanto más grande, mejor. Trágico lema, manantial de confusiones sin cuento, aunque sí con cuento, de la humanidad moderna.

## Los muchos libros

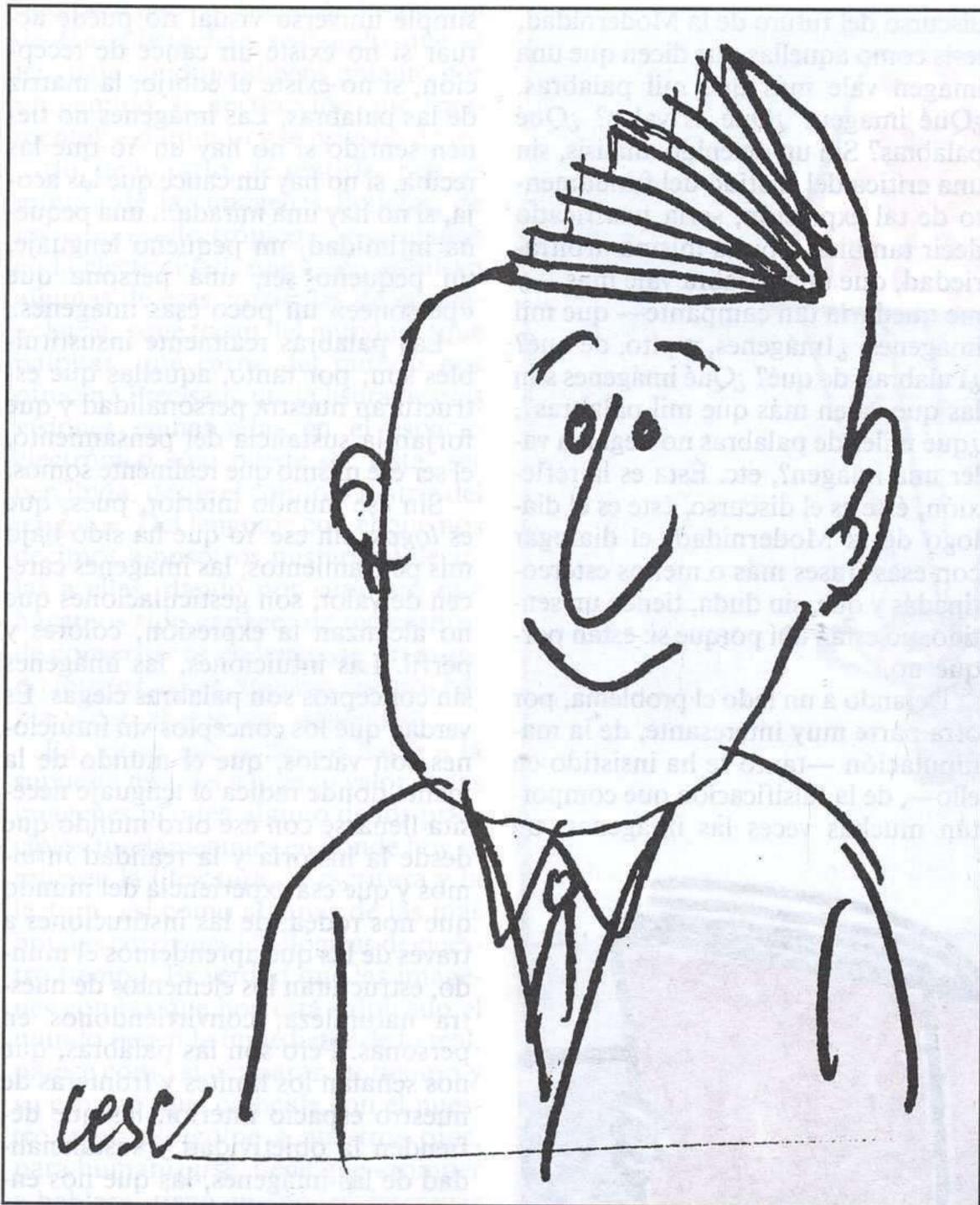
En este Olimpo de monstruos hay uno tan grande como el que

más, el monstruo, el dios de la cantidad. Él es el que nos invita a resbalar hacia la catástrofe, poniéndonos a los pies de ese deslizadero, esa falaz ecuación: más, igual a mejor. Ajustémonos a semejante insidia, y la vida del hombre consistirá en aumentar y no en mejorar, en acrecentar, no en perfeccionar. Don Juan contra Don Quijote: la lista de las mujeres conquistadas, el número, sin nombres, las cualesquiera, contra la mujer de perfección, contra la única, la super Aldonza, Dulcinea, que podría cantar, si no es irreverencia, las palabras de la zarzuela: «yo no soy una cualquiera». El ser humano contemporáneo tiende a realizarse en el número, por donde quiera que se mire; la forma que en él toma la lucha con el destino es la de una pugna con los números. Y así, en el orden de la cultura intelectual, se encuentra en una de tantas vías muertas, de su propia hechura: perdido, extraviado entre los libros. Quiere decirse, entre lo que los libros tienen dentro: las ideas, las teorías, los poemas, las relaciones, todos los productos escritos, ya sabios, ya primorosos, de la experiencia humana, la cultura. El hombre está perdido en el centro de la cultura. Y es, como nunca, monstruo de su laberinto, el laberinto de lo monstruoso. Quizá se tilde de bárbaro a cualquiera que se atreva a insinuar que la superabundancia de libros, sin más, puede ser tan lesiva para la cultura como su escasez. Consuele, en ese caso, el tener por precedente de nuestra barbarie, nada que hace ya un siglo, a Edgard Allan Poe, que escribía, en su *Marginalia*: «La enorme multiplicación de libros, de todas las ramas del conocimiento, es uno de los mayores males de nuestra época». Pero es un hecho que la copiosidad creciente de material impreso que solicita a diario

lizado, sino un sencillo discurso humano que ve al hombre, sobre todo, como estructura colectiva, como punto esencial en una retícula social que no puede provocar otros desgarros que aquellos, inevitables, que presentan las propias limitaciones de la existencia humana. Es cierto también que no basta con levantar, en el cielo de las buenas intenciones y en la conciencia individual sobre la que se sustenta, la bandera de las viejas, eternas y tantas veces abandonadas y deformadas palabras; se trata de realizarlas, de afirmar que no han muerto, que valen para algo, y de ponerlas en práctica, de vivirlas y hacerlas vivir. Pero, ¿cómo? Uno de los elementos esenciales de esta vivificación es, creo, la memoria y son las letras que a través de la memoria se nos manifiestan. La memoria, la voz del pasado, la historia, el inmenso e incesante diálogo con la escritura del pasado. Porque en nuestro tiempo, como saben, ha aparecido, distinta de esa sutil presencia de las letras y de la voz, una nueva forma de presencia en el universo de la información y de la educación. Una extraña forma de aparición, cuyo ser es exclusivamente ser imagen, visión sin sustancia, presencia construida, paradójicamente, de ausencias.

Esas imágenes que vemos sin estar y para cuya percepción nuestros ojos no tienen que ser llevados allí, donde se produce la realidad que fingen, son en principio de dos clases. O bien imágenes que describen la naturaleza, que dejan ver objetos irreales desde el rincón donde un determinado aparato nos las muestra sin tener que ir allí, donde esa realidad se realiza; o bien imágenes que nada tienen que ver con la realidad, que no expresan nada realmente de lo que está ocurriendo, sino que son productos de ficción, productos inexistentes, sin realidad alguna más que la que les presta la arbitrariedad o la necesidad de alguien que las maneja.

Pero esas imágenes que están ahí, que están ante nuestra presencia sin



1990.

ser presentes, que están sin estar y sin que nosotros estemos con ellas, que no son sino pura ficción, tienen una misteriosa fuerza y una inmensa debilidad. La fuerza proviene de que son como la vida. Recuerden ustedes el texto de Platón: la escritura es como la pintura y sus imágenes están ante nosotros como si tuvieran vida, aunque si alguien les pregunta, responden con el más inmenso y espectacular de los silencios. Se trata de una vida que no late, de hombres que hablan pero

cuya voz jamás podrá dialogar de verdad con la nuestra.

Es cierto, sin embargo, que, como las grandes obras pictóricas, muchas de esas imágenes, aunque estén fingiendo y su ser, incluso su estar, su movimiento, no sean el suyo (imágenes que, además, viven en un tiempo que no es el nuestro), pueden ser expresión de formas supremas de sensibilidad, de arte, y alimentan y agrandan el murmullo (ese diálogo, ese lenguaje) de nuestra intimidad. Des-

de la pura ficción que representan, como el gran teatro griego, efímero también, en el angosto tiempo de su representación, esa realidad cuyo ser se sostiene en el ser de nuestra mirada nos arranca un diálogo que es reflejo del diálogo de nuestra intimidad y del diálogo del lenguaje que realmente somos.

Los límites de ese ser visto, de esa visión, de esas imágenes que hasta cierto punto hablan porque nosotros les hablamos son los límites de nuestra alma, de nuestras esperanzas y desvelos, de nuestra soledad y de nuestra solidaridad. Un mundo para ver, pero que, al poder dialogar con el hombre, aunque sean criaturas del aire, alientan por ello nuestra vida. Son, además, criaturas del *logos*, del aire semántico que articulan, pero no sólo del *logos*, sino de la sensibilidad total de los seres humanos. Si esas imágenes tienen sentido es porque se enhebran en el lenguaje que somos, porque son ecos de algunas de nuestras más hondas voces, porque «rompen a hablar» en nuestra intimidad.

Pero hay otros productos del aire, otros hijos del aire —o tal vez hijastros del aire— cuya existencia fingida tiene que ver la mayor parte de las veces con la teratología, la monstruosidad. Por encima del universo de lo real, incluso por encima del universo de la ficción que sueña todavía con el arte (el sueño de los hombres), aparece ese otro universo, creciente cada día y que constituye la mayor parte de ese nuevo mundo de las imágenes; imágenes cuya voz ensordece el oído humano y cuya presencia atonta, desgarrar, atormenta, enturbia y ofusca la mirada. No sabemos realmente por qué existen, la estupidez o la crueldad no tienen casi nunca justificación, pero siguen ahí, paradójicamente, y mientras muchas veces los intelectuales predicán monótonamente sobre los derechos humanos, esos esperpentos, continúan atentando diariamente, ante nuestra total insensibilidad, con-

tra los modestos derechos humanos de los ojos, de nuestra mirada.

Este atentado puede ser más feroz si a través de él se fomenta solapadamente la ideología de la violencia y de la falsedad y, sobre todo, si actúa ante seres humanos que no han tenido tiempo de inventar, de redescubrir o de descubrir ese «murmullo interior», esa voz de la letra, esa defensa de la intimidad que nos alberga y tantas veces nos protege. Porque, además, ese imperio de viento, esas tempestades visuales que asfixian la posibilidad de leer, de pensar y, por consiguiente, la posibilidad de ser vienen acompañadas de una ideología que se expresa en aforismos que parecen ser lugares comunes de nuestra contemporaneidad.

## ¿Una imagen vale más que mil palabras?

Así aceptamos con la mayor sumisión, y después de haber escuchado el

discurso del futuro de la Modernidad, tesis como aquellas que dicen que una imagen vale más que mil palabras. ¿Qué imagen? ¿Qué es valer? ¿Qué palabras? Sin un detenido análisis, sin una crítica del sentido del fundamento de tal expresión, sería justificado decir también, con la misma arbitrariedad, que una palabra vale más —y me quedaría tan campante— que mil imágenes. ¿Imágenes, repito, de qué? ¿Palabras, de qué? ¿Qué imágenes son las que valen más que mil palabras?, ¿qué miles de palabras no llegan a valer una imagen?, etc. Ésta es la reflexión, éste es el discurso, éste es el diálogo de la Modernidad, el dialogar con esas frases más o menos estereotipadas y que, sin duda, tienen un sentido, no están ahí porque sí: están porque no.

Dejando a un lado el problema, por otra parte muy interesante, de la manipulación —tanto se ha insistido en ello—, de la falsificación que comportan muchas veces las imágenes, un

simple universo visual no puede actuar si no existe un cauce de recepción, si no existe el cobijo, la matriz de las palabras. Las imágenes no tienen sentido si no hay un Yo que las reciba, si no hay un cauce que las acoja, si no hay una mirada... una pequeña intimidad, un pequeño lenguaje, un pequeño ser, una persona que «personee» un poco esas imágenes.

Las palabras realmente insustituibles son, por tanto, aquellas que estructuran nuestra personalidad y que forjan la sustancia del pensamiento, el ser ese mismo que realmente somos.

Sin ese mundo interior, pues, que es *logos*, sin ese Yo que ha sido bajo mis pensamientos, las imágenes carecen de valor, son gesticulaciones que no alcanzan la expresión, colores y perfil. Las intuiciones, las imágenes sin conceptos son palabras ciegas. Es verdad que los conceptos sin intuiciones son vacíos, que el mundo de la mente donde radica el lenguaje necesita llenarse con ese otro mundo que desde la historia y la realidad intuimos y que esa experiencia del mundo que nos rodea, de las instituciones a través de las que aprendemos el mundo, estructuran los elementos de nuestra naturaleza, convirtiéndonos en personas. Pero son las palabras, que nos señalan los límites y fronteras de nuestro espacio interior, las que defienden la objetividad y sustancialidad de las imágenes, las que nos enseñan a ver las imágenes. Como la vieja y magnífica canción, «ojos que no ven, lo que ver quisieran, qué verán que vean». Por tanto, no hay visión sin un querer, sin la materia de un lenguaje que ha forjado nuestra posibilidad de ser entre la continua reflexión de las palabras, entre el renovado planteamiento de lo que, engarzado en el lenguaje, nos ofrece la experiencia del mundo. No hay un ver que sea realmente ver, desde una mente que carece de la contextura y el entramado del lenguaje, de las palabras, de la escritura.

Algunas teorías contemporáneas



DÍA DEL LIBRE (NO PUBLICADO), 1980.

que pretenden sobrepasar la galaxia de Gutenberg han sostenido que el lenguaje condujo al pensamiento por un camino de abstracción que fragmentaba el mundo y le privaba de tocarlo, de mirarlo, de sentirlo; pero el mundo de las imágenes ficticias, de los colores electrónicos, sustentados en la electricidad, que tanto admiran algunas de esas corrientes de la imagolatría, ¿qué tocan del mundo?, ¿qué palpar, qué carne del mundo nos ofrecen? Precisamente la lisura de esas visiones enmarcadas en el espacio electrónico sólo puede ser vista, ser percibida, desde el cobijo o matriz del lenguaje. Del lenguaje con el que nos decimos a nosotros mismos al decir las a ellas, dando por supuesto que hayamos sido capaces de recrearnos, de convertirnos en lenguaje, en mundo interior, en un discurso que nos habla y con el que nos hablamos.

La crítica que podemos hacer a la supuesta tesis del supremo valor de las imágenes plantea alguno de los principios fundamentales en donde hoy se mueven la literatura, la escritura y la lectura, así como algunas de las más hondas corrientes ideológicas de nuestro tiempo. Es verdad que las imágenes con las que hoy está salpicado el mundo tienen la inmediatez de lo real, parece como si ocuparan su tiempo y su espacio, que coincide con el nuestro, pero ese golpe a nuestros ojos, para humanizarse, tiene que «romper a hablar», tiene que poder descargar en la intimidad el fluir del pensamiento, del análisis y de la reflexión. Pero la imagen visual tenía que decirse, agruparse o interpretarse, aunque fuera en principio de una manera elemental y primaria.

No basta con el fogonazo de la intuición, que, como la imagen, está supeditada al instante y a la inmediatez de la temporalidad. Pensar (eso por lo que el hombre es hombre y que lo ha caracterizado) es, por el contrario, desplegar la sucesión de esos instantes en el espejo de la reflexión. Recuerden la famosa expresión de Aristóte-



CESC, 1992.

les cuando escribía acerca de lo que es el pensamiento y que decía que es algo que nos maravilla, que nos asombra. Por consiguiente, es distancia, y el pensamiento, al asombrarse, se distancia de la realidad. Esto se nos ha dicho y se nos ha interpretado muchas veces y nosotros, para no encontrarnos con el vacío, con la distancia, con el hueco de esa lejanía de las cosas,

empezamos a construir teorías, a interpretar el mundo, a utilizarlo, a manejarlo y, hasta cierto punto, también a manipularlo.

El asombro crea el pensamiento. Ahora bien, lo crea el asombro, pero no el pasmo. El hombre que se asombraba no se pasmaba. *Pasmo* creo que quiere decir algo así como paralizarse, coagularse, pararse. Y hoy esta-

nuestra atención y nos hace llamadas a gritos —los colorines de las portadas chillonas— desde los escaparates, coloca al hombre culto moderno en un apuro: ¿cómo entenderse con esa multiplicidad? Bien mirado, es un problema de distribución: lo que hay que distribuir es el tiempo. Se trata de leer muchos más libros de los que leía un *clérigo* del siglo XIII, un *culto* del siglo XVII o un *enterado* del siglo XIX, dentro de los mismos trancos de tiempo en que al hombre se le ofrece la vida, en veinticuatro horas por día. Porque en esto de la lectura y de los libros también el hombre se encuentra afrontado con el gran protagonista de la tragedia moderna, a saber, el tiempo. A primera vista, pues, el problema se plantearía así: ¿Cómo se las puede componer el hombre de hoy para leer tanto libro en tan poco tiempo? Pero acaso antes de aceptar *prima facie* esa formulación, conviene que se hagan algunas reservas.

## *El poco tiempo*

¿Será cierta esa presunción, que hace pavonearse de orgullo al individuo contemporáneo, de que no tiene tiempo, de que le falta el tiempo para todo, tras la cual se sobreentiende que está muy ocupado y le solicitan mil tareas del mundo? Es este alarde de los más comunes, y todos, grandes y menudos, lo repiten, como contraseña para ingresar en el cerco de los importantes. Yo llevo muchos años buscando personas conversables, amables, que no me salgan a las primeras de cambio con la usada monserga: «Sí, pero tengo tan poco tiempo... Ando tan mal de tiempo...». ¡Qué novedad, qué sorpresa el dar con una persona que no regatee el minuto, ni escatime las horas, y que teniendo en sí algo,



CESC (FRAGMENTO).

mos, más que en un mundo de asombro, me temo —y odio las profecías—, en un mundo de pasmos.

Otro de los argumentos para la supuesta valía de la imagen sobre las palabras se sustenta sobre la preeminencia que pudiera tener la vista ante el oído. Pero sin entrar a analizar las posibles diferencias, el hecho es que hoy la percepción de las imágenes obra sobre esa inevitable estructura lingüística que caracteriza la esencia del ser humano. Somos, no por ver (cosa que es común con los otros mamíferos), sino por tener lenguaje, por haber despegado de la animalidad y por esa capacidad de construir un *logos*, un pensamiento abstracto en nuestra conciencia, y por la posibilidad maravillosa de escribir y de leer, que es el momento supremo de la abstracción.

En el mundo de la visualidad, en la inundación continua de fantasmas, es más necesario que nunca —y respetando lo que tenga de real ese mundo imaginario de imágenes, esto es, lo que tenga de manifestación de algo real— el cuidado del lenguaje, el cultivo de la interpretación, de la literatura, de la voz de la letra, de lo que hacemos con ese lenguaje para que

pueda ser captador y asimilador de esas imágenes que lo enriquecen y estimulan, y para que, sobre todo, pueda rechazar ese dominio de visiones que nos acosa, un dominio que somete el desarrollo de la mente a un futuro cegado por el chisporroteo de esferas que lentamente ocupan el lugar de lo real y que nos lleva otra vez al fondo de esa caverna de la que parecía que hacía milenios que habíamos logrado escapar.

El lenguaje, el *logos*, ha logrado salvarse del tiempo efímero con ese genial descubrimiento de hace no demasiado tiempo (comparado con los miles de años desde los que el hombre habla), 2.700 años en nuestra cultura desde lo que el hombre escribe, y en ella el hombre ha encontrado la salvación de la memoria, de las experiencias, y ha sido capaz de crear esa semilla inmortal que, como en el texto del *Fedro*, crea el mundo y además, según dice Platón, da felicidad; lo contrario es el olvido. Y el olvido supongo que debe ser algo parecido a la muerte. ■

Conferencia inaugural (fragmento) del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.